

Abdel Zinka se estremeció de una manera poderosa.

Se dejó ver en sus ojos una expresión de muerte.

Lanzó un rugido sordo, se alzó terrible, cogió la antorcha, y partió por una estrecha escalera de caracol que se abría cerca de la puerta del retrete donde estaban los dos amantes.

---

---

## CAPITULO XVIII.

---

En que se atreve un acontecimiento terrible.

Hubo un momento de silencio solemne.

El libertinaje de D. Pero Nuñez, que durante un momento se había creído feliz, con una esposa como doña Elvira, con una amiga como Giazul, había pasado, se había anulado, había desaparecido bajo la palabra inspirada del amor y de la virtud que habían hablado por la boca de Giazul de una manera encantadora, conmovedora, irresistible.

Entonces y sólo entonces comprendió D. Pero Nuñez de Lara la inmensidad de su desgracia.

Comprendió que para él no había más amor que el amor de Giazul; que en doña Elvira no había amado otra cosa que la resplandeciente

hermosura; más aún, y por último, que el amor no es el cuerpo, sino el alma, y que su alma entera era Giazul.

Giazul la convertida por el amor, Giazul la hija de la desdicha, Giazul cuya hermosura se trasfiguraba en la virtud, en la abnegación, en el mártirio.

Un vértigo denso acometió á D. Pero Nuñez.

Dió algunos pasos vacilante, y fué á caer en el diván que servía de lecho á Giazul, quedando en tal estado, en una tal inmovilidad, en una tal palidez, que Giazul se aterró.

Se arrodilló junto á él, le abrazó y le besó delirante.

¡Ah, no, no! aquella expansión de su amor desesperado no era la expansión de la voluptuosidad.

Era la expansión del alma.

Era el ánsia de infundir su espíritu en el sér amado, de arrancarle á la muerte dándole un nuevo aliento.

Aquellos besos de fuego determinaron en el desmayado mancebo un efecto magnético.

Se estremeció y gimió.

Giazul se alzó, se hincó de rodillas, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio, él vive!

Un momento despues D. Pero Nuñez se in-

corporaba, dominado aún por la última sombra del vértigo.

Giazul se puso de pié y permaneció inmóvil.

Oraba á Dios.

Se sentía débil.

La tentación poderosa, terrible, vagaba en torno suyo.

De una parte la envolvía Satanás, de otra el ángel del amor y de la pureza.

Estaba suspendida entre el cielo y el abismo.

Se daba en ella esa recia batalla que es la prueba de la virtud.

La hija de Eva luchaba con la impureza de su origen.

La naturaleza la ponía en combate con la eternidad.

Cuando al fin recobró toda la claridad de su sentimiento D. Pero Nuñez de Lara, reconociendo su desgracia, rompió á llorar como llora un niño desconsolado que ha perdido á su madre.

—¡Ah! ¡No llores si me amas!—exclamó Giazul.—No cedas cobardemente al dolor, tú hombre, tú caballero, tú que arrostras impávido la muerte, mientras que yo, débil mujer, combato con mi propio corazón.

Estas palabras ejercieron sobre D. Pero Nuñez un poder mágico.

Sus lágrimas se secaron.

Se puso de pié.

Asió las manos de Giazul y la dijo:

—Te amo, te amo como yo no creía se pudiese amar sobre la tierra; te amo de tal manera, que yo no puedo aumentar tu desgracia impulsándote al dolor de tu vergüenza; no, hartos dolores sufres ya. Voy á partir; vá á ese hombre que me saque de aquí, que me vuelva mis armas, que me dé mi caballo; yo me voy sólo á morir á la frontera.

—Eso sería otra cobardía indigna de tí, no; tú no dices eso, sino engañado por el dolor, no; el que busca la muerte por que es para él ménos terrible que sus sufrimientos, es el último de los cobardes, Dios no puede perdonarle; los hombres no pueden concederle otra cosa que desprecio. Sí, tú vas á salir de aquí, vas á salir conmigo, no por donde has entrado, sino por arriba, por la misma cámara de ese terrible loco. Arriba, en el castillo está tu esposa, tu esposa á la que pertenesces, tu esposa á la que debes amar, porque la voluntad de Dios te ha unido á ella, tu esposa que te espera enamorada, tu esposa que es hermosa y buena: yo la conozco, sí; yo puedo entrar en ese castillo cuando quiera de una manera oculta y silenciosa: yo he

querido saber quién era la mujer á quien la voluntad de Dios te había unido: yo he llegado á ella mientras dormía, y en su bello semblante he visto la sonrisa del amor soñado; he comprendido la pureza y la virtud.

Amala, porque amándola me amarás, porque si la amas habrás cumplido los juramentos que á Dios has hecho, por que Dios te amará; porque siendo tú amado de Dios yo seré feliz, y si tú me amas, querrás mi felicidad.

Mira, yo también he entrado de noche muchas veces en la cámara donde mi padre vive entregado á su irremediable desventura, teniendo por tumba de su alma su cuerpo.

Yo no he hablado, yo he contenido mi aliento por que no me sintiese, porque no me dijese con su estremecimiento, con la expresion de su viejo semblante, con la contraccion de su boca muda, extendiendo hácia mí sus brazos mutilados:

—¿Quién eres tú?

Porque yo hubiese caído á sus piés, exclamando:

—Yo soy tu hija, la hija de tu desventura.

—¿Y qué hubiera sido entónces de mi pobre padre?

Se le hubiera roto el corazón.

¡Querer verme, y encontrarse ciego; buscar la única satisfaccion de su amor en sus lábios, sentir una sed insaciable! ¡ah! no, no, yo me he retirado llorando en silencio.

¡Oh, amado mio! No hay voz más elocuente que la voz de la desgracia que Dios nos hace oír.

Quien al oír la voz de la desgracia no se vuelve á Dios, es un sér que Dios ha maldecido, y no nos podemos volver á Dios sino armados con la fé y el valor del martirio.

Dios no ha querido, sin duda, porque nos ha elegido para probarnos, que alcancemos nuestra felicidad sobre la tierra; pero conservemos á lo ménos la paz de nuestra conciencia, el goce de nuestra dignidad, el consuelo de que hemos tenido valor para arrostrar el martirio, y nos conservaremos puros.

Mira, yo voy á llevarte al lado de tu esposa, que tal vez se encuentre en este momento víctima de una agonía insoportable.

Celebra con ella tus bodas, hazla feliz, y óyeme: mañana yo partiré con Abdel Zinka; llegas ré á Toledo, me arrojaré á los piés de los reyes tus señores, les diré:

—Yo soy Giazul, quiero llamarme María, bautizadme; yo soy la desventurada hija de D.

Sancho Gutierrez de Tordesillas y de doña Estrella. Ahora, señores, dadme un asilo en una de esas santas casas en que viven en la virtud, en la oracion y en la penitencia, las vírgenes esposas del Señor.

¡Oh! no, no; ni una palabra más,—añadió Giazul viendo que D. Pero Nuñez se estremecía y la miraba de una manera ansiosa,—ni una palabra más. Sígueme, á tí te espera tu esposa, á mí me llama el monasterio.

Vamos.

—¡Ah! ¡yo moriré!—exclamó D. Pero Nuñez de Lara.

—No, no morirás, porque la virtud alienta, consuela, fortalece; no, no morirás, porque Dios verá nuestro sacrificio y le premiará; no, no moriremos ninguno de los dos, Dios vela por las criaturas que le aman. Ven, ven.

Y Giazul asió de la mano á D. Pero Nuñez, que se dejó conducir, dominado, sin voluntad, sintiendo una influencia incontrastable.

Al salir del retrete, Giazul se detuvo y lanzó un ahogado grito de espanto.

—¿Dónde está Abdel?—dijo; él debia estar aquí. ¡Oh! ¡él ha oído lo que hemos hablado! ¡oh Dios mio, Dios mio! ¡él, él, él que no cree más que en los goces perecederos: él, él que no

cree en Dios sino por la hurí inmortal que Mahoma prometió á los buenos creyentes; él, que por mi felicidad es capaz de todo, hasta de perder su alma, habrá intentado algo horrible! ¡Dios mio, Dios mio! ¡ven, ven, no nos detengamos! ¡Oh! ¡qué horror!

Giazul tiró de D. Pero Nuñez, y aunque la oscuridad era densa, con la lucidez de una sonámbula, vió la entrada de una espiral, y subió rápidamente por ella, llevando tras sí á D. Pero Nuñez, que podia decirse que ni aun sentia. Tal era lo inmenso de la situacion.

Habia adivinado, y aquella ráfaga de adivinacion le habia anulado.

---

## CAPITULO XIX.

---

**En que se vé con cuánta impaciencia se esperaba á D. Pero Nuñez de Lara.**

Penetremos en el castillo de Alfagor y en su cámara de honor, cámara característica de severas líneas, en que la elegancia y el buen gusto de la arquitectura árabe se armonizaban con la fuerza.

Era, como sabemos, la noche de Navidad, y mucho despues ya de haber mediado.

Se habia esperado desde el oscurecer á Don Pero Nuñez de Lara, cuya llegada aquella misma noche habia anunciado un escudero.

Doña Elvira habia pasado el tiempo que habia trascurrido desde la llegada del aviso, con